

La sirena

Ambrosía

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 6° semestre

El mar llegó hasta mi puerta
y me obligó a salir
y beber de él.
En realidad era una sirena.
La primera que me desató del mástil,
me miró a los ojos huidizos
y me hundió en sus aguas.

Su voz rompió mis espejos adormecidos.
Dejó su imagen goteando en mi memoria,
escurriéndose a todas horas;
su risa cosquilleándome,
sus palabras mordiendo
—rozando mis pezones desde el inicio del tiempo—,
susurrándome los secretos del porvenir.

Cruzamos el cielo derrumbándose
mientras derramábamos lágrimas
que después sembramos con nuestras pisadas.
Encontramos nuestras manos
—esas mismas manos inmortales—
navegándose, desbordándose;
diluyéndonos en el agua
hasta dejarnos indistinguibles.

Naufragué
—naufragamos—,
surgimos de entre las aguas,

PIROCROMIO

13

#25 LGBTQ+

nacimos;
nos reencontramos después de vidas.
Y la sirena, sin hablar
—ya capturados mis ojos fugitivos—,
me siguió arrastrando
hasta arribar.

Ella vino, el mar alebrestado,
a ahuyentar mis aguas dulces
y me amó hasta dejarme sin vida
para que pudiera renacer en ella.
Resurgí de las aguas, de la espuma,
renovada, como una diosa
empapada
de sí misma.

Yo nunca había visto el mar,
no lo conocía.
Hasta aquel día que llegó a mi puerta
y me ahogó.